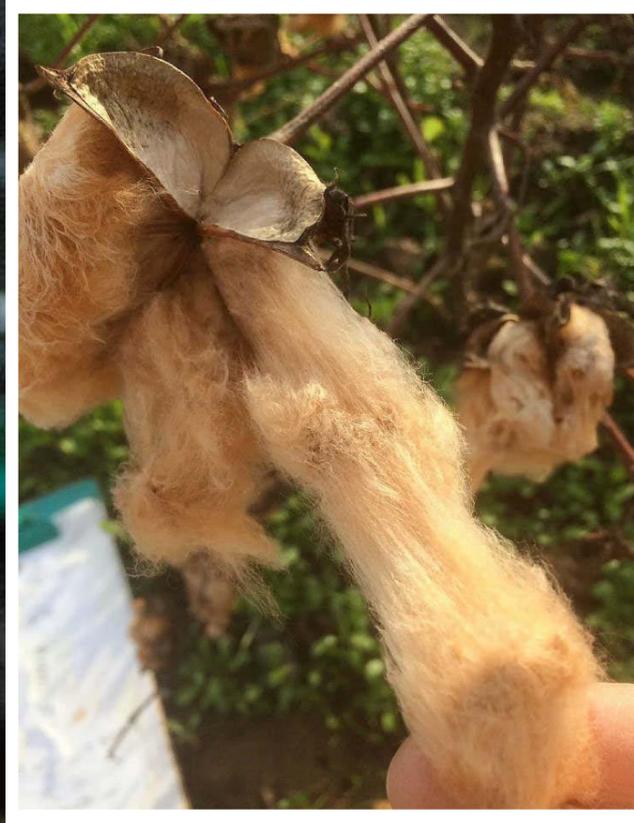


MUJERES Y MODA SUSTENTABLE:

Un círculo VIRTUOSO

Tres pioneras en moda sustentable de renombre internacional —Carry Sommers, cofundadora de Fashion Revolution; Sally Fox, primera productora de algodón de color orgánico y Kresse Wesling, gestora de una de las principales marcas de accesorios reciclados en Inglaterra— hablan aquí sobre el rol de las mujeres en la moda ética y las barreras que han debido superar para ayudar a construir una industria con más sentido.

Por SOFÍA BEUCHAT.



Sally Fox creó el primer algodón de color natural que puede ser hilado a máquina. Es considerada como “la Jane Goodall de la moda”.

Cuando Dana Thomas, una de las más respetadas periodistas de moda a nivel global, comenzó a pensar en un segundo libro —el primero, “Deluxe”, de 2008, denunció las paupérrimas condiciones de trabajo en las manufactureras de vestuario en el Sudeste Asiático— se dio cuenta de que el tema a tratar debía ser la sustentabilidad. La industria de ropa y accesorios, pese a la creciente preocupación por su impacto en el medio ambiente, no parece estar haciendo mucho por cambiar y de eso se trata “Fashionópolis: The price of Fashion and the Future of Clothes”, el libro que lanzó en septiembre del año pasado.

Aunque Dana no pensaba inicialmente que su

volumen abordaría los sesgos de género de la industria, durante su investigación constató que, detrás de los más importantes e innovadores proyectos de moda sustentable, casi siempre hay una mujer. Y que cada una de ellas ha tenido que luchar contra la adversidad para lograr sacar adelante sus emprendimientos.

Una de estas mujeres es la estadounidense Sally Fox, a quien Thomas describe como “la Jane Goodall de la moda”, aludiendo a su parecido, tanto físico como intelectual, con la conocida primatóloga y mensajera para la paz de la ONU.

—Me siento honrada de que Dana Thomas me llame así y espero estar a la altura —dice Fox, al teléfono desde su campo en Capay Valley, al norte de Califor-

nia, donde produce un algodón orgánico de color, único en el mundo.

Su humildad sorprende: Fox creó, a comienzos de los ochenta, el FoxFibre, primer algodón orgánico de color natural que puede ser hilado a máquina. Antes de Fox, existía el algodón de color natural, no teñido, pero solo podía ser hilado a mano, lo que redujo sus posibilidades de llevarlo a ropa. Además, a partir de su formación como bióloga y entomóloga, fue pionera en la investigación en torno al daño provocado por los pesticidas en los cultivos de algodón. Ha sido premiada por las Naciones Unidas, por la American Manufacturing Association, por el MIT y por Organics International, organización que apoya la agricultura

ecológica y congrega a cerca de 800 afiliados en 117 países.

—Pienso que, al fin, el mundo está cambiando. La gente está empezando a darse cuenta del impacto que la industria de la moda tiene en el medio ambiente y a exigir cambios para frenar esto —dice Fox.

Pero, precisa, hay que poner al *fast fashion* —tan criticado por promover el desecho rápido de toneladas de ropa— en su justo lugar.

—No podemos poner la culpa de todo en el hiperconsumo que ese tipo de moda fomenta en la persona que al fin se puede comprar una camisa nueva —opina—. A fines de los años 80, los costos de hacer ropa en Occidente subieron, porque comenzaron a ponerse normas para una producción más limpia. Se pidió que las fábricas controlaran mejor sus residuos y muchas empresas invirtieron mucho en ello. Pero pronto quedaron fuera del negocio, porque en Oriente se podía hacer lo mismo, sin esas leyes y, por lo tanto, a precios mucho más convenientes. Muchas empresas aprovecharon esto, pero no bajaron sus precios al público: se guardaron la diferencia en sus bolsillos. Por lo tanto, es a ellas a las que hay que apuntar.

Fox cuenta que ella misma se vio severamente afectada por este cambio: hoy, su negocio está lejos de ser lo que era en sus inicios, cuando llegó a valer más de 10 millones de dólares, según registros de prensa de la época. De trabajar para más de 40 manufactureras en todo el mundo, hoy conserva solo un cliente fiel, en Japón, país donde el valor de lo hecho a mano aún se paga.

A sus 65 años, Sally vive sola y trabaja sola: ella misma sale a sus potreros a recoger el algodón e hilarlo artesanalmente. Comienza a las 6 de la mañana, se detiene a las 12 para almorzar, y luego trabaja hasta las 6 de la tarde, todos los días, incluso los fines de semana. Para el cuidado de los cultivos, se apoya en un grupo de ovejas merino “de una raza rara australiana”, dice. Ellas hacen las labores de biocontrol que le permiten reducir su huella de carbono. De vez en cuando, recibe la visita de su hija universitaria. O se reúne con los campesinos de la zona.

Con todo, Fox no pierde la fe en que la demanda por su producto aumentará, porque ha observado que lo orgánico tiende a valorarse cada vez más. Pero también porque el esfuerzo, dice, está en el ADN de toda persona que quiera emprender. Por eso, no se dejó abatir cuando, en sus comienzos, los productores tradicionales de algodón hicieron lo imposable por aislarla, alegando que su sistema de trabajo podía contaminar sus cultivos. Fox tuvo que ir migrando de un campo a otro por varios años antes de instalarse donde está hoy: un campo que llamó Viriditas, palabra en latín que significa vitalidad, crecimiento, exuberancia y vida.

LAS MUJERES INSPIRAN MUJERES

Para la inglesa Carry Sommers, dueña de la marca sustentable de sombreros de paja toquilla Pachacuti,